

Lo mejor de nosotros.

Una idea muy hermosa de la lectura y de los libros imagina las bibliotecas como lugares en los que esperan, al acecho, dragones, piratas y personajes de cuento; todos esos prodigios vivirían allí, como dormidos, porque solo se vuelven reales cuando la lectura los despierta. Me gusta mucho esta imagen, pero no es así como entiendo las bibliotecas, mi biblioteca. La mía está llena de gente, gente normal, con mejor o peor suerte en la vida. Lectores que podrían haber protagonizado una novela, pero con los que coincido al consultar el catálogo en un ordenador o en la mesa de préstamos: esa es mi biblioteca.

Escribo *mi biblioteca*, porque cada uno de nosotros tiene la suya. Una o muchas. Mi primera biblioteca estaba, hace muchos años, en el Palacio de la Isla, en Cáceres: la vieja biblioteca pública, el primer carnet, los primeros préstamos; no sé si ahora querría recordarlos. Luego fueron llegando otras. Nuestra biografía es el mapa de las bibliotecas que visitamos, el relato de cómo nos relacionamos con ellas, de cómo poco a poco se vuelven nuestra casa. Hay una educación sentimental profunda en la intermitencia de las bibliotecas: allí dejamos la infancia o descubrimos la adolescencia, en otra nos hacemos adultos, envejecemos... La biblioteca sabe mucho de nuestro estado de ánimo; sabe que a veces necesitamos la seguridad confortable de la sección de referencia, y otras nos empuja a la incertidumbre de las novedades. Nos ayudan a crecer con los libros que no pensábamos leer.

Sí, todos tenemos una primera biblioteca. Imagino que también una última. Un último carnet. Un último préstamo. Un último título que acaso no terminemos. Y la vida se aparecerá como lo que ocurría mientras iba de una a otra biblioteca: ese itinerario, el vagabundeo entre libro y lectores, será la conmemoración breve del *Día de la biblioteca*, una especie de guía para entender nuestra vida.

Hoy mi biblioteca son muchas: la Pública del Estado de Badajoz, la del Instituto Bárbara de Braganza, aquellas que están a nuestra mano o muy lejos. En Extremadura, vaya donde vaya encontraré una biblioteca municipal; es difícil no sentirse atrapado en esta red.

No sé cómo serán las bibliotecas del futuro, apenas puedo hablar de cómo creo que son las bibliotecas del presente. Creo que están en crisis. Y me gusta que sea así, porque diría lo mismo de todo lo que me importa: de la educación, de la cultura, de Europa, de

nuestros valores... Y, sin embargo, qué generosas han resultado durante los años difíciles; la biblioteca en tiempos de crisis ha sido el refugio que ha salvado a mucha gente: libros, ordenadores, calor y frescor, conversación y apoyo, un universo de afectos y un servicio público. En el *Día de la biblioteca*, quiero reivindicar esas bibliotecas de carne y hueso, imperfectas e imprescindibles, porque no hay nada que se parezca tanto a lo mejor de cada uno de nosotros como una biblioteca. Y no quiero que nuestros hijos pierdan esa oportunidad.

Tengo la certeza de que, con los años, no recordaremos los móviles que hemos poseído, ni los coches que hayamos conducido, ni siquiera algunas de las casas en que viviremos. Solo quedarán en la memoria los libros, los amigos y las bibliotecas, porque estaban allí cuando los hemos necesitado. Y necesitamos todas las bibliotecas, las bibliotecas sin apellidos: en hospitales, en residencias, en parques, en escuelas e institutos, bibliotecas vivas, no fósiles sin renovación, bibliotecas para quien busca un libro fugaz y para quien quiere un libro diferente, porque así se siente. Bibliotecas abiertas, no locales cerrados, y bibliotecas gestionadas por profesionales bien tratados.

No soy bibliotecario, pero he trabajado con ellos el tiempo suficiente para saber que resultan la parte más importante de la biblioteca y, en ocasiones, la menos cuidada: he visto cómo se esforzaban, cómo entregaban generosamente su tiempo, sus ideas, esa energía que se llama entusiasmo y que es el motor del progreso. No sé si en el futuro las bibliotecas tendrán libros en papel, digitales, pantallas o salas vacías... porque lo que debe preocuparnos es si tendrán lectores. Y sé que esos lectores solo existirán gracias a las bibliotecarias y los bibliotecarios que hoy nos acompañan en el camino de la lectura y nos ayudan a crecer entre libros y personas...

Luis Sáez Delgado